estar separadas de este con ventaja i ser locales, particularmente en los paises en que la poblacion conoce las necesidades i el mecanismo de las sociedades modernas. Estas funciones son de tal suerte indispensables en todo grupo de hombres un poco civilizados que se ha visto salir su organizacion de una especie de contrato en las ciudades libres de la edad media, i recientemente en California bajo el nombre de « Comision de vijilancia. » Esta organizacion en cierto modo tumultuaria i por contrato, la libre discusion de los actos de los ajentes encargados de estas funciones pueden dar lugar a algunos abusos, a algunas irregularidades, pero no podrian nunca comprometer el poder productivo de las sociedades. Mui léjos de esto, podria este poder ser gravemente disminuido por la falta de responsabilidad de los ajentes investidos de las funciones judiciales i de policía, por su inaccion sistemática, por su venalidad, por su accion violenta en el sentido de tales o cuales intereses determinados, porque en este caso la libertad, la iniciativa de los individuos se hallarian comprimidas por un sentimiento de inseguridad. ¿Qué particular podria resistir a malhechores armados de toda la autoridad social? ¿Quién seria bastante osado para tentarlo o para pensarlo siquiera?

§ 2. — De la defensa del territorio.

La defensa del territorio no es en cierto modo mas que una aplicacion de la policía en el exterior para el mantenimiento del buen órden en el taller social; pero, así como es fácil localizar la direccion de la policía, así es indispensable centralizar la defensa del territorio, que, en la necesidad muchas veces de llevar todas sus fuerzas a un solo punto, debe estar sometida a un solo pensamiento i

aun, en los momentos de crísis, a una sola voluntad. La direccion de las fuerzas destinadas a la defensa del territorio pertenece pues necesariamente al poder central.

Hablamos aquí de la defensa del territorio nacional como la única necesidad militar de un pueblo civilizado. — Hubo un tiempo en que se consideraba la guerra como un medio ordinario i lejítimo de adquisicion i en cierto modo como una industria regular: esta opinion reinó entre los Espartanos, entre los Romanos, entre todos los pueblos cristianos durante la edad media, i reina todavía entre todos los pueblos salvajes[1]. Pero las naciones civilizadas no podrian considerar la guerra ofensiva de otro modo que como un vasto salteo, un atentado contra todo lo que tienen de mas querido i de mas sagrado: el gobierno que meditase semejante guerra no podria ser mirado con otros ojos que el asesino que se prepara i acecha el momento para precipitarse sobre su víctima. Cualesquiera que sean las diferencias de razas, de relijion, de lenguaje que existen entre los pueblos civilizados, no forman en realidad mas que un solo taller industrial, en que las riquezas se distribuyen incesantemente por las leyes del cambio, i el que turba estas leyes, el que por la violencia viene a atentar a los bienes o a la libertad de otro, no merece otra suerte ni otra consideracion que los salteadores vulgares, aun cuando se disfraze con los títulos pomposos de conquistador i de gran capitan.

Es no solo conveniente sino mui útil a una nacion civilizada proveer únicamente a las necesidades de la defensa del territorio, i es tanto mas fácil a esta nacion limitar así su accion militar cuanto es mas grande, mas rica i ha dado mejor pruebas de su poder; porque nadie, si es rica y po-

[1] Herodoto habia notado este modo de ver en la casta guerrera de Ejipto, entre los Traces, los Escitas, los Persas, los Lidios i *entre casi todos los bárbaros.* — Lib. II, cap. 156 i 157.

derosa, podria imputar su moderacion a la debilidad o al miedo, ni ser tentado por consiguiente a abusar de ella para injuriarla. Tal vez, lo esperamos, vendrá mui pronto un tiempo en que no será ya necesario desperdiciar fuerzas industriales en la defensa de territorio, en que la paz será el réjimen normal de la humanidad, como la guerra ha sido casi hasta hoi su réjimen normal; pero desgraciadamente este tiempo no ha venido todavía i apénas el mundo comienza a comprender la vanidad de las grandes palabras de equilibrio, de influencia, de preponderancia, de gloria, de honor nacional i demas pretestos de guerras ofensivas i carnicerías europeas. La opinion hace a este respecto útiles progresos, debidos en gran parte a los esfuerzos de los economistas : no se piensa ya en guerrear para conquistar por tratados impuestos ventajas comerciales facticias o para adquirir colonias; para enriquecerse, en una palabra, a expensas de otro : nadie osaria proponer como objeto de una guerra el pillaje o la subyugacion del pueblo contra que se hace. Pero se pretende todavía lejitimarla algunas veces arrogándose el derecho de intervenir en los negocios interiores de sus vecinos para hacer prevalecer ciertos principios políticos; o pretendiendo lo que se llama una lejítima influencia; o sosteniendo la necesidad de impedir a ciertos Estados abusar de su fuerza contra los otros i supeditar a los débiles, i se miran jeneralmente las adquisiciones de territorio como un resultado bastante apetecible para compensar los mayores sacrificios.

Con todo, considerando las cosas a sangre fría, es evidente que ningun pueblo tiene el derecho de intervenir en los negocios interiores de otro para hacer prevalecer en él sus propios principios políticos, aunque sean los mejores. — Se comprende que gobiernos absolutos tengan interes en ahogar la libertad en los Estados vecinos; pero es evidente que los pueblos conducidos a la guerra por estos gobiernos tienen intereses mui diferentes. En cuanto a la

idea de establecer la libertad por la fuerza en pueblos que no la quieren, que no son tal vez capaces de ella, es una insigne locura, pues que el pueblo que medita así la emancipacion de los otros se ve reducido a comenzar por el abandono de su propia libertad a los que conducen sus ejércitos. — La guerra ofensiva no es ya un medio de asegurar una lejítima influencia, porque no hai mas influencia lejítima que la que se establece libre i espontáneamente.— Si guerras ofensivas pueden ser algunas veces justificadas, son las que se hacen a los Estados que intentan supeditar a sus vecinos mas débiles. Pero es tan fácil abusar de este pretesto; es siempre tan poco necesario a un Estado poderoso emprender una guerra por este motivo, que es infinitamente mas prudente renunciar de un modo absoluto i en principio jeneral a la guerra ofensiva.

En cuanto a las adquisiciones de territorios por la fuerza, son hoi rara vez apetecibles, particularmente para un Estado bastante fuerte para defender por sí su independencia. Sin duda es útil a las poblaciones reunidas en una misma sociedad política vivir en paz perpétua las unas con las otras; pero la guerra i la conquista no son necesarias para obtener este resultado : se puede alcanzarlo por confederaciones, por tratados, por uniones aduaneras i hasta por anexiones voluntarias, mas segura i mas útilmente que por la fuerza.

Se comprende el deseo de conquista que impele a una poblacion militar a subyugar a otra industriosa i a explotarla, como explotan los Turcos a los pueblos sometidos a su imperio, i como se dice que los Austriacos explotaban la Lombardía. Se comprende tambien este deseo de parte de un pueblo que, merced a la anexion, se apodera del territorio de una poblacion mas débil, a la que destruye a la vez por el hierro i la libertad, como han destruido los Norte-Americanos las poblaciones indíjenas o españolas cuyas tierras poseen actualmente. Estos dos

motivos de conquista son injustos i odiosos; el deseo que inspiran es altamente vituperable : pero no es absurdo. Este deseo seria mui ridículo en un pueblo bastante industrioso para vivir i enriquecerse por el trabajo, que conquistase solo para dar sus leyes i sus usos a los pueblos conquistados, como la Francia en las guerras de la República i del Imperio. ¿ Qué importaba a la nacion francesa haber anexado por la fuerza al imperio de sus leyes la mitad de la Europa i particularmente poblaciones atrasadas bajo todos respectos? — No tenia nada que ganar i sí mucho que perder, aun alcanzando su objeto.

Basta pues proveer a las necesidades de la guerra defensiva, a la defensa del territorio que puede ser organizada conforme a dos sistemas distintos : el primero consiste en hacer del estado militar una profesion especial reservada a cierto número de hombres que se dedican a ella exclusivamente, en sostener un ejército permanente : el segundo llama al ejercicio de las armas a todos los hombres en estado de llevarlas, pero solo de tiempo en tiempo, sin hacer del oficio de soldado una profesion especial ; este es el sistema de las milicias o guardias nacionales, de que una parte se trasforma en ejército permanente i la otra en reserva cuando llega a estallar la guerra.

¿ Cuál de estos dos modos de organizacion de la defensa del territorio es mas favorable o, hablando con mas exactitud, ménos perjudicial al desarrollo de la produccion industrial?

Comparemos primero los ejércitos permanentes i las milicias repecto a las fuerzas materiales que distraen de la produccion. Los primeros emplean menor número de hombres, pero los ocupan exclusivamente; las segundas ocupan mayor número de hombres, pero durante poco tiempo, solo en los dias i horas de los ejercicios. El resultado de la comparacion depende de la cifra del ejército permanente. Si este se eleva, como la mayor parte de los ejércitos europeos, a la quincuajésima parte de la poblacion, poco mas o ménos, o sea a la sesta parte de la cifra de las milicias, será menester saber si las ocupaciones militares quitan al miliciano la sesta parte de su tiempo útil. Ahora bien, considerando toda la milicia que puede suministrar una determinada masa de poblacion, se ve que hai una parte, la mas numerosa, es decir, la reserva, que no consagra a las ocupaciones militares la sesta parte de su tiempo útil. La otra porcion de las milicias emplea tal vez en estas ocupaciones, aun en estado de paz, la sesta parte de todo su tiempo; pero consagra a ellas con preferencia los dias i las horas en que se reposa de los trabajos de la industria : el ejercicio militar es para ella una especie de recreacion activa en tiempo de paz, que ocupa a la juventud sin fatigar sus fuerzas, i que en último resultado aumenta mas bien que disminuye las fuerzas productivas. El ejército permanente al contrario, compuesto de hombres robustos i fuertes, absorbe la totalidad del trabajo que podrian dar, sin ninguna produccion : cada uno de ellos, colocado en las profesiones industriales, produciria mas que consumiria, miéntras que en el servicio militar consume i no produce nada.

Este inconveniente del ejército permanente es mas sensible en Francia que en otra parte, porque se ha establecido allí un sistema misto en que el ejército se recluta en jeneral como una milicia i es en efecto una milicia, en cuanto que el servicio militar constituye para el mayor número de los soldados un impuesto, no una profesion : solo los oficiales i los reemplazantes hacen de él una profesion definitiva. El soldado arrebatado por la suerte al taller industrial en el momento en que podia allí prestar los servicios mas útiles, abandona el trabajo i hasta pierde la costumbre de trabajar, con gran detrimento de la produccion. Bajo este punto de vista el sistema de los enganches voluntarios es mui preferible, porque no llama al

servicio militar mas que a los hombres deseosos de ser soldados, es decir, de libertarse del trabajo industrial, hombres que abandonados a sí mismos hubieran sido inútiles i frecuentemente perjudiciales a la produccion. A este respecto tambien, en las sociedades animadas del espíritu aristocrático, es bueno que las funciones de oficial sean encargadas a los nobles, que por nada en el mundo querrian prestar a sus semejantes servicios industriales; miéntras que en otras partes se encargan las funciones de oficial a hombres que habrian podido mui bien ser útiles en las profesiones civiles.

Pero las consideraciones relativas a la pérdida de las fuerzas materiales son mui secundarias en la comparacion de las cargas que imponen a las sociedades los ejércitos permanentes i las milicias : la organizacion de los servicios militares interesa mucho mas al poder productivo por la influencia de los ejércitos permanentes o de las milicias sobre los hábitos jenerales i por la influencia mas directa que ejercen sobre el gobierno.

Si la responsabilidad de los ajentes encargados de las funciones de policía o judiciales es mediocre i casi nula, la de los comandantes de un ejército permanente es todavía mucho menor; porque todo ejército bien disciplinado i avezado a la guerra obedece ciegamente al que lo manda i domina por la fuerza una poblacion consagrada a los trabajos de la industria. Ningun poder es superior al de sus jefes i puede pedirles cuentas de sus actos. Se sabe que el hombre colocado en posesion de abusar de sus semejantes rara vez deja de abusar : por esto es que un ejército permanente tiende siempre a establecer en el pais que lo sostiene la forma de gobierno mas fatal a la produccion, el despotismo militar, réjimen en que un solo hombre puede disponer a su capricho de toda la sociedad, miéntras que algunos asesinos resueltos pueden disponer de este hombre.

Por otra parte, i sin suponer que se llegue a estos abusos extremos atestiguados tan frecuentemente por la historia, es inevitable que un ejército permanente domine mas o ménos el pais que lo sostiene; que su espíritu se difunda en toda la sociedad i dé en ella el tono jeneral; que las ideas, los hábitos, el pundonor i el espíritu de cuerpo militares se extiendan a expensas de las ideas, de los hábitos, del pundonor i del espíritu de cuerpo de la poblacion civil i sobre todo de la poblacion industriosa. I basta una ligera comparacion para ver la oposicion radical que existe entre el espíritu industrial i el espíritu militar, tal cual se desarrolla necesariamente en todo ejército permanente.

Consideremos al militar en tiempo de paz. ¿Cuál es su ocupacion cotidiana, el objeto constante de sus pensamientos i de su ejercicio? — Aprender a matar i a intimidar a sus semejantes, a sorprenderlos i a no ser sorprendido : con este fin aprende a tenerse derecho, a marchar, a inclinarse i a enderezarse, a manejar sus armas, a obedecer maquinalmente a sus jefes, a vestirse, a montar la guardia, etc. Por el contrario, todos los pensamientos, todos los actos del hombre empleado en la industria tienden a prestar servicios, a adivinar los que serán mas apreciados, a esforzarse por adquirir la benevolencia i la estimacion de todos aquellos a quienes tiene que servir, es decir, del público, al paso que al soldado basta la estimacion de sus jefes.

El militar, enseñado a tratar a los hombres por la fuerza i a obtener todo de ellos por la fuerza, respeta mui sobre todo la fuerza presente i que se impone actualmente, cualquiera que sea por lo demas su oríjen : menosprecia todo lo que no es la fuerza como cosa vana i sin efecto. — — El civil industrioso, habituado a tratar con los hombres por la persuasion, respeta todo lo que conquista las voluntades, como la discusion i el razonamiento : respeta sobre